

EL RESCATE

a Carlos Obligado

I

A la Virgen de mi pueblo,
Como si estuviera viva,
Los más viejos, por cariño,
Le llamaban *La Cautiva*

La razón les daré al punto,
Y fue que en cierta ocasión
Cautiva se la llevaron
Los indios en un malón.

Esto aconteció, señores
Que es historia y no embeleco,
En la Villa de María
Curato del Río Seco.

A la población nombrada
La fundó, y entonces era,
Ese virrey Sobremonte,
Para guardia de frontera.

Y la Villa con su fuerte
Como patrona tenía
A la Virgen del Rosario;
Por eso era de María.

El marqués le concedió
En tierras del real dominio,
Un ejido escriturado
Y aquel santo patrocinio.

Por lo cual, desde la plaza
Una legua a todo viento,
El campo es de pan llevar
Conforme a tal documento.

El fuerte y que era de foso,
Pirca y tapial, en la falda
De un cerrito mangrullero
Con el arroyo a la espalda.

Buen corral de palo a pique
Tenía, además, en el centro,
Y para casos de apuro
Su pozo de balde adentro.

Completaba la defensa
Una rancharía baja,
Toldada de cuero crudo
Sobre los techos de paja.

Con que así al punto dejase
Rodar la bola perdida
En que ataba el indio mazos
De chamarasca encendida

El armamento eran ocho
Fusiles de cazoleta
Y otras tantas tercerolas
Con forniture completa.

A más de los pocos sables,
Si salían de escaramuza,
La ordenanza facultaba
Trabuco, facón y chuzá.

Pues siendo veinticinco hombres,
Escaseaban los pertrechos,
Aunque todos se mostraban
Resueltos y satisfechos.

Lo esencial es en la guerra,
Que el varón se tenga fe;
Y esos fueron de los *caris*
Que ya una vez les conté.

Así es que su nombradía,
Hasta en el fondo del Chaco,
Causaba recelo al toba
Y era el terror del mataco.

Tres años en paz llevaban,
Todo iba a pedir de boca,
Mas, siempre, con el infiel,
La vigilancia era poca.

No debía descuidarse
Noticia o señal ninguna,
Y había que andar prevenido
Cuando iba a llenar la luna.

Es que los indios no entraban
Sino en el segundo cuarto,
Para marchar con la noche,
Que así aprovechaban hartos.

Pues aunque reine la luna
Desde la oración al alba,
No se ve la polvareda
Y el malón trota a mansalva.

II

Sucedió, pues, que una de esas
Llegó un chasque de importancia
Que desde el Corral del Rey
Mandaba la comandancia.

Que andaban por dar los indios
Dijo el propio, que era ducho
Porque esos campos de arriba
Se estaban moviendo mucho

Que se ha visto disparar
Baguales a trochemoche,
Y se siente pasos de ave
A deshora de la noche.

Y que ellos, en descubierta,
Para indagar el asunto,
Con rumbo a Chañar-Esquina
Deben de salir al punto.

De puro listos que son
Y en lo empeñosos parejos,
Aquella vez no se quedan
En el fuerte no los viejos

Y como que cada cual
Sabe lo que le concierne,
Es de ver cómo se arreglan
Desde el más blando al más terne.

Tamango o bota de potro
Sobre el tobillo arrollada.
A garrón pelado alguno
Llevan la espuela calzada.

Muchos en botón estriban;
Y así más suelta en su cierro,
Al compás del trote largo
Canta la estrella de hierro

A medio muslo acortados
Calzoncillo y chiripá,
Como para esas boleadas
En que a rigor se entrará.

Van en mangas de camisa,
Desnudo hasta el codo el brazo.
Con vinchas y sereneros
Dan al sombrero reemplazo.

Algunas hay coloradas;
Y el Jefe lleva, por pique,
Una de borlas que él mismo
Supo quitarle a un cacique.

Es el alférez Meriles,
Baquianazo en los degüellos.
Mas, sigamos con los usos
Y equipo de todos ellos.

Tres pares de boleadoras
Se envuelven a la cintura;
Y después, según la tienen
Cada cual su arma procura.

Las de fuego, aun cuando ya
La vejez las descalibra,
Son veinte entre tercerolas
Y naranjeros de a libra.

Va el apero sin carona,
Y por blandura hace el gasto
Un cuerito de borrego
Que cubre apenas el basto-

Bozal, maneador y riendas,
Son como para la doma,
Pues hay que ensillar a veces
Lo primero que se toma.

Guardamontes de campear,
Por si hay que volver hacienda,
O a dormir en los pantanos
Los obliga la contienda.

A más que contra rigores,
De espinas, viento y escarcha,
Tal vez mejor que la bota
Lo libran a uno en la marcha.

Aunque ya entró junio, a nadie
Dormir al raso preocupa;
Pero junto al chifle llevan
Un ponchito de gurupa.

Más bien es para las armas,
Si acaso llueve o serena,
Pues en campaña es el trago
Lo que quita frío y pena.

Así, gorjeando en los chifles,
Va la caña corajuda.
Algunos la cabecean
Con pólvora, menta o ruda.

Aguadas no han de faltar,
Y si la sed los asedia,
Con la raíz de la *alpa-sandia*
Muy bien que usted se remedia.

Atan, por fin, como avío,
Al fiador del bozal,
Un charqui doblado en cuatro
Y una bolsita de sal.

Con más que llegando al río,
Abunda el peje de agallas,
Y venados y avestruces
Sobrarán para vituallas.

Así enderezan livianos
Y prontos a su objetivo,
Relumbrándoles las armas
Al cinto, espalda y estribo.

Una alegría fragante
Se levanta de la tierra,
Y el viento afila en las chuzas
El aullido de la guerra.

III

Pero, mientras ellos iban
A coparla por la pampa,
Cata ahí que la indiada intrusa
Los burló con una trampa.

Pues sin evitar la sierra
Como siempre, de un rodeo
Esa vez se les habían
Corrido por el faldeo.

De juro y por la ocurrencia
-Que eso es ardid de cristiano-
Algún matrero llevaban
De bombero y de baquiano.

Tal vez era un desertor
Que acercándose con maña,
Coligió que andaba ausente
La guarnición en campaña.

El caso fue que los indios,
Sin que supiera cuándo,
En la plaza aparecieron
Los fletes remolineando.

Hasta la perrada huyó
De su alarido horroroso.
Apenas tuvo la gente
Tiempo de ganar el foso.

Usaban chuza sin fierro
-Que por esto llaman seca-
Boleadoras y macana
Colgada de la muñeca.

Temblar las puertas hacían
A los golpes y porrazos,
Y los techos, con las chuzas,
Levantaban a pedazos.

Pronto comenzó el saqueo
De las casas así abiertas.
Otros, de malos, entraban
A hacer destrozos en las huertas.

Y a un chiquito que en la cuna
Con el apuro dejaron,
En las chuzas dos salvajes
Por juego lo barajaron.

Debían de ser guaycurús
Esos dos por lo perversos,
Pues siempre en las invasiones
Entraban pueblos diversos.

Matacos de quien decían
Que se les notaba el rabo.
El guaycurú rencoroso
Y el mocoví triste y bravo.

Y hasta algún toba grandote
Que a más que la jerigonza,
Se advertía porque ostentaba
Coletos de tigre o de onza.

El resto andaba desnudo,
Sin más prenda que la vincha
Y el taparrabo de cháguar
Ajustado como cincha.

Del mismo ramal tejido,
Iba colgando de allí,
Un bolsillo en que cargaban
El yesquero y el ají.

Llevaban algunos jefes
Las caras, según el grado,
Rayadas bajo los ojos
De azul y de colorado.

Y sintiesen el hedor,
Más fuerte que cualquier otro,
Por la costumbre de untarse
Con grasa de anta o de potro.

Sedientos iban los tapes,
Y frente a las tiendas solas,
Pronto quedaron vacías
Limetas y cuarterolas.

Entonces, sí, que el asunto
Fue entrando de mal en peor,
A medida que los cascotes
Les calentaba el licor.

Dos se toparon a chuza
Y a macana otra pareja,
Por cualquiera chuchería
O alguna rencilla vieja.

Otros rayaban los pingos
A orillas del foso abierto,
Convidando a las mujeres
A seguirlos al desierto.

Y al brindarles el caballo,
Con una palmada al anca,
-Rubia gustando-decían
Golosos de carne blanca

Ah, pillos hijos de tal
No los picaba mal bicho;
Pero aquella vez tuvieron
Que tragarse su capricho.

En eso, uno que sería
El más dañino y feroz,
Los llamó desde la iglesia
Con la chuza y con la voz.

Tanteó a golpe de contera
La puerta de la capilla,
Y sentando al pingo de ancas,
La rajó como una astilla-

Suerte para el cura fue
Que días antes, en su mula,
Saliera a hacer la cobranza
De los diezmos y la bula.

Porque allá en el mismo templo
Llevó a su colmo el salvaje,
Ya que matar no podía,
La osadía y el pillaje.

A caballo se metieron,
Y entre el sarcasmo y la bulla
Diz que uno bailaba, puesta
Como poncho la casulla.

Manotearon avarientos
Cuanto pudieron cargar,
Y por fin hasta a la Virgen
La bajaron del altar.

Como hartos ya de saqueo,
Les empezaba a entrar prisa,
La envolvieron con sus prendas
En el mantel de la misa.

Entre despojos y trastos,
Uno a su costal la echó,
Y satisfecha la indiada
Para los toldos rumbeó.

Y si el pueblo no quemaron
Al emprender el regreso,
Sería para no delatarse
Con ese humo tan espeso.

O tal vez porque la Virgen,
Hasta en la cautividad,
Lo amparaba todavía
Con su amorosa piedad.

IV

Cuando los *caris*, de vuelta,
Se hallaron con el percance,
Su aflicción y su despecho
No hay quien a explicar alcance.

Todo les llora miseria,
Todo les clama venganza.
Aquella es deuda que exige
Saldarse a punta de lanza.

No hay que perder un instante
Si la cuenta ha de ser pronta.
Así es que sólo se apean
Para mudar la remonta.

Los indios deben llevarles
Unas dos jornadas largas.
Mas también irán pesados
Con el arreo y las cargas.

De suerte que han de marcharles,
Aunque ni un caballo vuelva
Sobre el rastro, antes que lleguen
A dispersarse en la selva.

Pues junto con el encono,
Por demás los abochorna,
Que a la patrona les lleven
Cautiva como por sorna.

Con lo que al dar contramarcha,
Y aunque el hambre los abate,
Juran no probar bocado
Mientras no se la rescate.

Fija entre Norte y Naciente,
La invasión no los despista,
Y sin tardanza le llevan
La rastrillada a la vista.

Pronto comienza a notarse
Que contra esa indiada hereje,
La Virgen, según esperan,
A sus devotos protege.

Como siempre el dos de mayo,
Ni tempranos ni tardíos,
Con la helada de la Cruz
Han empezado los fríos.

Cuatro meses habrá seca,
Pues la regla es rigurosa:
Si hiela para la Cruz,
No llueve hasta Santa Rosa.

Cuando, lo que sólo pasa
Un año de cada diez,
Viene la luna y en junio
Hace con agua esa vez.

La tarde entró lloviznando,
La cerrazón la encapota
Ya los primeros chañares
Tienden su ceja remota.

Claramente han comprendido
Que eso es ayuda divina,
Porque los indios no arrear
Cuando hay garúa o neblina.

Ya es difícil que la presa
Se les escape o esconda;
Que al oscurecer lloviendo
Tendrá que hacer alto y ronda.

Seguirán, pues, con la noche,
Sin darse descanso alguno,
Que tampoco necesitan
Puesto que marchan de ayuno-

Pero entonces, al cerrarles
Esa oscuridad inmensa
En tomar las precauciones
Que son de rigor, se piensa-

Que ceben las cazoletas
Y revisen los rastrillos,
Y no quieran a destiempo
Tentarse con los cuchillos.

Manda el alférez que el sable
Bajo la pierna se oprima,
Y toda rodaja quede
Maneada con la alzaprima.

“Pena la vida el que fume,
“Aunque bajo el poncho sea”.
(Pues por lo visto el alférez
No entiende mal su Perea).

Y en las jergas retaceadas
Aforran, como es sabido,
Los vasos de sus caballos
Para evitar todo ruido.

Cada hombre, con su recelo,
En el poncho se agazapa,
Y como el llanto callado
La garúa los empapa.

Y en aquellos tristes campos
Que tanta amenaza puebla,
Con la sombra de las almas
Va creciendo la tiniebla.

Pero, de repente, en gozo
Se cambia la pesadumbre,
Porque allá entre el chañaral
Han notado una vislumbre-

Aunque arde y se apaga, apenas,
Tras de la arboleda rala,
Como no muda de sitio,
No debe ser la luz mala.

Acaso ya con treinta horas
De ir marchando sin sosiego,
Los indios se habrán creído
Seguros para hacer fuego.

Pues de no, en un hoyo que abren,
Y ahogando el humo con grama,
Suelen armarlo con huesos
Que arden fuerte y no echan llama.

Entonces dos *caris* juntos,
Para espíarlos en sus reales,
Deciden soltarse a gatas
Por entre los matorrales.

Y esos dos tan decididos
Y listos en el apronte,
Son el alférez Meriles
Y el sargento Bracamonte.

Poniéndose a contraviento,
Ni un yuyo su arrastre quiebra.
En el pajonal se escurren
Con astucia de culebra

Allá cuando iría siendo
El primer canto de gallo,
Junto al chañaral columbran
Un centinela a caballo.

Clavada su lanza en tierra,
Escucha atento el infiel,
Pegando la oreja al palo
Si retumba algún tropel.

Tendrán que matarlo ahí mismo
Porque si pasan, no más
Al dárselos vuelta el viento,
Puede sentirlos de atrás.

Sobre rienda y anca a un tiempo,
Le saltan a aquel maldito,
Y en un verbo lo degüellan
Sin que alcance a dar un grito.

Dejan atado el caballo
Para servirse a la vuelta,
Y en su desempeño siguen
Con voluntad más resuelta.

Como tres cuadras al Norte,
Con el campamento dan.
A la distancia, en la sombra,
Cumple la ronda su afán.

Debe ser ronda cruzada,
Como siempre que hay tormenta
Y la hacienda va porfiando
Poco entablada o sedienta.

Los más de los tapes roncan
Borrachos ya sin remedio,
Dentro de un cerco de lanzas
Con una fogata al medio.

Los del relevo que son
Cinco, echados en el suelo,
Están comiendo un asado
Para engañar el desvelo.

Pero lo que a nuestros dos
Con más asombro impresiona,
Es que junto al fuego ven
La imagen de la Patrona.

Paradita allá entre el barro,
Por suerte que no se explica,
Aparenta hallarse triste
Y haberse vuelto más chica.

Tiene el pelo algo enredado,
Mas se halla sin deterioro,
Con su corona de plata
Y sus caravanas de oro.

Y al echarle la fogata
Los últimos resplandores,
Parece que está temblando
Frente a aquellos malhechores.

La habrán sacado tal vez
Por burla o como juguete,
Porque a ratos, de las sobras,
Le tiran algún zoquete.

Tomá Virquen María, dicen
Invitándola a que cene,
Con aquel hipo tan feo
Que en vez de risa les viene.

Sin ser sentidos los *caris*,
Después de ver lo preciso,
A incorporarse a los suyos
Regresan con el aviso.

Cuando los indios acuerdan
Es ya tarde –y el estruendo
De la descarga, en los campos,
Rueda con ecos tremendo.

Ahí las pagaron por junto,
Pues se hizo buena justicia.
Solo dos o tres lograron
Escapar con la noticia

A pesar de su derrota,
No buscaron acomodados.
Allá en el cerco de lanzas
Murieron peleando todos.

Mas, lo sorprendente fue
Que después del entrevero,
Se halló a la Virgen parada
Y el traje límpio y entero.

Yo no les quiero decir
Que esto se debió a milagro,
Pues solamente los visto
A narrarles me consagro.

Lo cierto es que largo tiempo
Se comentó aquella historia,
Y que el degüello, eso si,
Dio a los *caris* mucha gloria.

Hazañas y ecos llegaron
Al más remoto fortín
Pero, ya es tiempo, señores,
Que estas coplas tengan fin.